

LECTIO DIVINA
XVIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
6 de agosto: LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR (Fiesta en El Salvador)

(4 de agosto 2024)

Ex 16,2-4.12-15 Sal 77 Ef 4,17.20-24 Jn 6,24-35

TEMA

Nuestro camino diario transcurre tantas veces entre privaciones y carencias que nos dejan con un sentimiento de insatisfacción y desencanto. Todo parece tan precario e insatisfactorio... ¿Quién saciará nuestra hambre de Vida verdadera y eterna? Las lecturas de este domingo nos dicen: Dios siempre hará todo para satisfacer nuestra hambre de Vida; Él prepara y distribuye para nosotros el “pan” que nos alimenta en el camino y que “dura hasta la Vida eterna”.

La **primera lectura** cuenta cómo Dios distribuyó el maná a su Pueblo, el alimento diario que el Pueblo necesitaba para afrontar las dificultades del camino entre la tierra de la opresión y la tierra de la libertad. Este “pan”, además de saciar el hambre física del Pueblo y permitirles sobrevivir en el desierto, también les ayudó a crecer, madurar, superar mentalidades estrechas y egoístas, y afrontar la vida con fe y confianza en Dios.

El **Evangelio** nos asegura que Jesús es el “pan de Dios que descende del cielo para dar Vida al mundo”. Es en Jesús y por Jesús que Dios responde al hambre de los hombres y les ofrece Vida en plenitud. Para que este “pan” nos llegue, nos alimente y nos transforme, debemos “creer” en Jesús.

La **segunda lectura** nos dice que la adhesión a Jesús implica dejar de ser un hombre viejo y convertirse en un hombre nuevo. Quien acepta a Jesús como el “pan” que da vida y se adhiere a Él se convierte en otra persona. El encuentro con Cristo debe significar, para cualquier hombre, un cambio radical, una manera completamente diferente de posicionarse ante Dios, hacia sus hermanos, hacia sí mismo y hacia el mundo.

Éxodo 16,2-4.12-15

En aquellos días, toda la comunidad de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto, diciendo: "Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y comíamos pan hasta saciarnos. Ustedes nos han traído a este desierto para matar de hambre a toda esta multitud".

Entonces dijo el Señor a Moisés: "Voy a hacer que llueva pan del cielo. Que el pueblo salga a recoger cada día lo que necesita, pues quiero probar si guarda mi ley o no. He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles de parte mía: 'Por la tarde comerán carne y por la mañana se hartarán de pan, para que sepan que yo soy el Señor, su Dios' ".

*Aquella misma tarde, una bandada de codornices cubrió el campamento. A la mañana siguiente había en torno a él una capa de rocío que, al evaporarse, dejó el suelo cubierto con una especie de polvo blanco semejante a la escarcha. Al ver eso, los israelitas se dijeron unos a otros: "¿Qué es esto?", pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: "Éste es el pan que el Señor les da por alimento". **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

La sección de Ex 15,22-18,27 desarrolla uno de los grandes temas del Pentateuco: la marcha por el desierto de los hebreos liberados de la esclavitud en Egipto. Aquí estamos, todavía, en la primera etapa de esta marcha, la que va desde la travesía del mar (cf. Ex 14,15-31), hasta el Sinaí.

A lo largo de esta etapa, el **tema de la murmuración** del pueblo contra Moisés y contra Dios aparece en tres episodios (cf. Ex 15,22-27; 16,1-21; 17,1-7). En general, esta temática se desarrolla en torno a un esquema similar: ante las dificultades que encuentra en el camino, el Pueblo murmura, se rebela contra Moisés y acusa a Dios por las incomodidades del camino; Moisés interviene e intercede ante Dios; finalmente, Dios termina por conceder al Pueblo los bienes que siente necesitar. Las historias siempre se pre-

sentan de forma dramática, en un crescendo de intensidad hasta el desenlace final. Invariablemente, la “crisis” se resuelve con una prodigiosa intervención de Dios en beneficio de su Pueblo.

Estos relatos probablemente se basan en dificultades concretas que vivieron los hebreos en su camino a través del desierto hacia la Tierra Prometida. Estas dificultades quedaron en la memoria colectiva; y, posteriormente, fueron utilizados por los teólogos de Israel con un objetivo catequético. El objetivo de los catequistas que nos dejaron estos informes nunca fue presentar un relato fáctico de los acontecimientos del camino, sino dar catequesis. Está claro entre líneas que la gran preocupación de quienes redactaron estos informes es advertir al Pueblo contra la tentación de buscar refugio y seguridad lejos de Yahvé.

El episodio que hoy nos proponemos –el episodio en el que Dios ofrece a su Pueblo codornices y maná como alimento– se sitúa en el desierto de Sin, “que está entre Elim y el Sinaí, el día quince del segundo mes después de la partida de la tierra de Egipto” (Éxodo 16:1). Los estudiosos identifican el mencionado espacio geográfico con el territorio que se extiende desde **Kadesh Barnea** hacia el oeste, concretamente hacia el noroeste, donde se ubica **Wadi El Arish**.

La historia de las codornices se basa en un fenómeno que a veces se observa en la península del Sinaí: la migración masiva de codornices que, tras cruzar el mar, llegan al Sinaí cansadas del viaje, se paran junto a las tiendas beduinas y pueden ser atrapadas fácilmente. La historia del maná debe basarse en la secreción de un pequeño árbol (“*tamarix mannifera*”) que se encuentra en ciertas zonas del Sinaí y que, tras ser picado por un insecto, segrega una sustancia granular y acuosa, de color blanco y con sabor a miel, que pronto se coagula; aún hoy, los beduinos recolectan esta sustancia (a la que llaman “*man*”), la derriten al calor del sol y la untan sobre pan.

Será con estos elementos –elementos que el Pueblo encontró y que lo impresionaron, a lo largo de la marcha por el desierto– que los catequistas bíblicos “amasarán” la catequesis que nos transmiten en el texto de la primera lectura de este decimoctavo domingo común.

MENSAJE

Después de algunas semanas de caminar por el desierto, los hebreos están cansados de las privaciones y necesidades que enfrentan a cada paso. La reacción a este cansancio se presenta en forma de murmuración “contra Moisés y contra Aarón” (v. 2). Encubiertamente, las críticas también apuntan a Dios, quien es el responsable final de que este grupo de esclavos abandone Egipto.

El narrador explica que extrañaban Egipto donde, a pesar de la esclavitud, se sentaban “*junto a ollas de carne*” y comían “*pan en abundancia*” (v. 3). Podemos ver, en este “materialismo”, las limitaciones y deficiencias de un grupo humano aún con mentalidad de esclavos, demasiado “verde” y sin madurez, aferrado a la mezquindad, al egoísmo, a la autocomplacencia, que prefiere la esclavitud a la libertad. Por otro lado, es un Pueblo que, a pesar de todo lo que Yahvé ya ha hecho para su beneficio, aún no ha aprendido a confiar en su Dios, a responder sin vacilaciones a sus propuestas, a seguirlo incondicionalmente por el camino de la fe. Este cuadro se repetirá indefinidamente, a lo largo de la historia, en la vida del Pueblo de Dios.

La respuesta de Dios a la murmuración es “*llover pan del cielo*” (v. 4) y dar al Pueblo carne en abundancia (v. 12). La aparición de “maná” (del hebreo “*man-hú*”, que significa “¿qué es esto?”) y codornices en el camino trazado por los hebreos, puede explicarse por factores naturales. Pero no es la explicación natural que el narrador pretende darnos. El objetivo del “catequista” es ofrecernos una catequesis sobre la preocupación de Dios, presente en cada momento del camino que recorre el Pueblo.

La verdad es que aquellos esclavos liberados de Egipto, mientras caminaban desde la tierra de la esclavitud hacia la tierra de la libertad, tuvieron una intensa experiencia de Dios. En el desierto, un espacio de carencias y privaciones, cada gramo de comida y cada gota de agua es un “milagro” de Dios. Aquellos pueblos que atravesaron el desierto vieron en el maná, las codornices y otros dones que cubrían sus necesidades básicas, signos del amor providente de Dios, de su cuidado, de su solicitud. En esta experiencia de Dios, Israel descubrió al Dios del encuentro y de la comunión, y aprendió a confiar en Él incondicionalmente.

La experiencia vivida ayudará al pueblo a superar una mentalidad estrecha, egoísta, materialista, la mentalidad “esclava” que camina con la mirada fija en la tierra; les abrirá horizontes más amplios y les hará

más adultos, más conscientes, más responsables y más santos. Israel aprende, mientras camina por el desierto, a confiar en Dios, a ponerse en sus manos, a no dudar de su amor y de su fidelidad.

El hecho de que se diga que Dios solo dio al Pueblo la cantidad de maná necesaria “para cada día” (v. 4) es una hermosa lección sobre el desapego y la confianza en Dios. Enseñad al Pueblo a no acumular bienes, a no vivir para “tenerlos”, a liberar el corazón de la codicia y del deseo de tener siempre más, a no vivir angustiados por el futuro y el mañana; también te enseña a confiar en Dios, a ponerte serenamente en sus manos, a verlo como la verdadera fuente de vida.

ACTUALIZACION

+ Peregrinar por los senderos desolados del desierto y experimentar privaciones y carencias de todo tipo no es una realidad improbable para nosotros, personas sedentarias y cómodas que vivimos en el siglo XXI y que tiene soluciones más o menos garantizadas a las necesidades más acuciantes. También nosotros, mientras caminamos, experimentamos la precariedad de la existencia, el cansancio del camino, la expectativa de lo que nos espera por delante, la inestabilidad que traen los problemas cotidianos, la tentación de sentarnos y quedarnos atrás, el miedo de dejar nuestra paz. zona de confort... Y también nosotros, como los esclavos hebreos que Yahvé salvó de Egipto y acompañó en el camino de la libertad, experimentamos la presencia de Dios, este Dios liberador y salvador que nos acompaña con solicitud y amor, dándonos una mano, tomándonos en brazos y ofreciéndonos con ternura el “alimento” que nos fortalece y nos permite seguir caminando. ¿Somos conscientes de la presencia de Dios a nuestro lado en el camino que recorreremos cada día? ¿Notaremos su amor providente que nos rodea, que nos protege y que nos salva? ¿La presencia salvadora y amorosa de Dios a nuestro lado anima y alimenta nuestra esperanza?

+ La “nostalgia” que los israelitas sienten por Egipto, donde estaban “sentados junto a ollas de carne” y tenían “pan en abundancia”, revelan la realidad de un Pueblo acomodado a la esclavitud, tranquilamente instalado en una vida sin perspectivas y sin perspectivas. salida, incapaz de afrontar cosas nuevas, de querer más, de arriesgar la libertad que se construye a través de la lucha y el compromiso. Esta mentalidad de esclavitud continúa, en nuestros días, marcando la vida y las elecciones de muchas personas... Es la mentalidad de quienes viven obsesionados por “tener” y que son capaces de renunciar a su dignidad para acumular bienes materiales; es la mentalidad de quienes cambian valores importantes por “cinco minutos de fama” y exposición mediática; es la mentalidad de quienes tienen como único objetivo en la vida satisfacer sus necesidades más básicas; es la mentalidad de quien se acomoda plácidamente en sus agradables esquemas, en sus prejuicios y se niega a ir más allá, a dejarse interpelar por las novedades y los desafíos de Dios; es la mentalidad de quienes viven al revés, que idealizan el pasado, negándose a afrontar los desafíos de la historia y descubrir lo positivo y desafiante de los nuevos tiempos; es la mentalidad de quien se resigna a la mediocridad y no hace ningún esfuerzo para darle sentido a su vida... La Palabra de Dios que se nos propone nos dice: nuestro Dios no se contenta con la resignación, la complacencia, la instalación, la mediocridad que nos hace esclavos; Él viene a nuestro encuentro, nos desafía a ir más allá, nos invita a crecer y dar pasos firmes hacia la libertad y hacia una Vida nueva... ¿Cómo encajamos en todo esto? ¿Vivimos aferrados a viejas certezas y seguridades, con la mirada fija en el suelo, o vivimos con la cabeza en alto, buscando siempre la novedad de Dios y dispuestos a afrontar los desafíos siempre nuevos que trae la vida?

+ La idea de que Dios da a su Pueblo, día a día, el pan necesario para la subsistencia (prohibiendo “acaparar” más de lo necesario para cada día) pretende ayudar al Pueblo a liberarse de la tentación del “tener”, de la ambición excesiva. Es una invitación a no dejarnos dominar por el deseo descontrolado de poseer bienes, a liberar nuestro corazón de la codicia que nos hace esclavos de las cosas materiales, a no vivir obsesionados y angustiados por el futuro, a no poner nuestra seguridad en nuestra cuenta bancaria y nuestra esperanza. Sólo Dios es nuestra seguridad, sólo en Él debemos confiar, porque sólo Él (y no los bienes materiales) nos libera y nos lleva a encontrar la Vida definitiva. ¿Dónde está nuestra esperanza? ¿Cómo está organizada nuestra escala de prioridades y qué lugar ocupa Dios en ella?

Salmo 77

R. El Señor les dio pan del cielo.

Cuanto hemos escuchado y conocemos
del poder del Señor y de su gloria,
cuanto nos han narrado nuestros padres,
nuestros hijos lo oirán de nuestra boca.

R. El Señor les dio pan del cielo.

A las nubes mandó desde lo alto
que abrieran las compuertas de los cielos;

hizo llover maná sobre su pueblo,
trigo celeste envió como alimento.

R. El Señor les dio pan del cielo.

Así el hombre comió pan de los ángeles;
Dios le dio de comer en abundancia
y luego los condujo hasta la tierra
y el monte que su diestra conquistara.

R. El Señor les dio pan del cielo.

Efesios 4,17-20-24

Hermanos: Declaro y doy testimonio en el Señor, de que no deben ustedes vivir como los paganos, que proceden conforme a lo vano de sus criterios. Esto no es lo que ustedes han aprendido de Cristo; han oído hablar de él y en él han sido adoctrinados, conforme a la verdad de Jesús. Él les ha enseñado a abandonar su antiguo modo de vivir, ese viejo yo, corrompido por deseos de placer.

Dejen que el Espíritu renueve su mente y revístanse del nuevo yo, creado a imagen de Dios, en la justicia y en la santidad de la verdad. Palabra de Dios.

AMBIENTE

La controvertida carta de Pablo a los Efesios se incluye tradicionalmente en las “cartas de cautiverio”. Habría sido escrito por Pablo cuando estaba en prisión (¿en Cesarea Marítima? ¿En Roma?). Sin embargo, hay quienes lo consideran obra de un discípulo del apóstol, quien lo escribió en el último tercio del siglo primero (después de la muerte de Pablo) para combatir las doctrinas judeo-gnósticas que amenazaban a algunas comunidades cristianas en Asia Menor. Aunque reconocen que la Carta presenta un lenguaje, un estilo e incluso algunas novedades teológicas diferentes de las que se encuentran en las cartas genuinamente paulinas, muchos consideran, sin embargo, que la Carta a los Efesios podría ser una “carta circular” escrita por Pablo y dirigida a diversas comunidades cristianas en la parte occidental de Asia Menor, incluida Éfeso. Convencido de haber completado su obra misionera en Oriente, Pablo presenta, de manera tranquila y reflexiva, una síntesis madura de su pensamiento y su teología. El autor de la Carta expone “el Misterio”, es decir, el proyecto salvífico de Dios, oculto durante siglos hasta finalmente revelarse en Cristo y concretarse en el testimonio y la vida de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. De la ejecución de este proyecto nace un nuevo Pueblo de Dios, un Pueblo de Hombres nuevos que viven del Espíritu. El apartado de la Carta a los Efesios que va del 4:1 al 6:20 es un texto parenético (exhortativo), cuyo principal objetivo es exhortar a los cristianos a vivir de manera coherente con su Bautismo y con su compromiso con Cristo. Después de invitar a los creyentes a vivir en la unidad del amor (cf. Ef 4,1-6) y proponerles una reflexión sobre la comunidad, Cuerpo de Cristo compuesto por muchos miembros (cf. Ef 4,7-13), El autor de la Carta insta a los cristianos a vivir según su condición de hombres nuevos en Cristo (cf. 4,14-5,14). El texto que se nos propone en segunda lectura en este decimotercero domingo común forma parte de esta exhortación.

MENSAJE

Quienes optaron por aceptar la propuesta de Jesús pasaron a formar parte del “Cuerpo de Cristo”. Ahora bien, esto implica vivir de otra manera. Los cristianos no pueden “comportarse como los paganos, que viven en la vanidad de sus pensamientos” (v. 17).

Pablo utiliza dos expresiones opuestas para definir la realidad del hombre antes del encuentro con Cristo y después del encuentro con Cristo. El hombre que aún no se ha adherido a Cristo es, para Pablo, el “viejo hombre”, cuya vida está marcada por la mediocridad, la inutilidad (v. 17), la corrupción, la esclavitud a los “deseos engañosos” (v. 22). La vida del “viejo hombre” es una vida marcada por el pecado; y el pecado embota la sensibilidad y la comprensión y no deja que el hombre se deje tocar por lo bello, lo justo y lo verdadero. Por otra parte, el hombre que ya ha encontrado a Cristo y ha aceptado su Evangelio recibe

una luz nueva, que le permite ver y abrazar los verdaderos valores. Él es el “*Hombre nuevo*”, regenerado por Cristo, que vive animado por el Espíritu y adopta una manera nueva de pensar y actuar; el “nuevo hombre” hace obras de verdad (v. 21), de justicia y santidad (v. 24).

El bautismo –el momento de la adhesión a Cristo– es el momento decisivo en la transformación del “*hombre viejo*” en el “*hombre nuevo*”. El propio rito del Bautismo sugiere la transformación y resurrección del hombre a una vida nueva, la vida en Cristo: al sumergirse en el agua, el hombre muere a la vieja vida de pecado; pero cuando emerge del agua, renace como un “hombre nuevo”, purificado de egoísmo, orgullo y autosuficiencia. A partir de ese momento el hombre vive para Cristo y para Cristo. Tu vida debe ser coherente con tu nueva situación.

Sin embargo, incluso después de haber elegido a Cristo, el hombre sigue marcado por su condición de debilidad y fragilidad... Esta condición le hace, a veces, sentir la tentación de volver al “viejo hombre” del egoísmo, del orgullo, del pecado... El creyente, animado por el Espíritu, está, por tanto, llamado a renovar cada día su adhesión a Cristo y a construir su existencia de manera coherente con los compromisos que asumió el día de su bautismo. El “hombre nuevo” no es una realidad adquirida de una vez por todas, el día que se eligió a Cristo; pero es una realidad que se crea continuamente, que exige una conversión continua y una renovación constante.

ACTUALIZACION

+ La pregunta de Pablo nos afecta especialmente a nosotros que fuimos bautizados en Cristo. Es posible que no recordemos el día de nuestro bautismo, ese momento decisivo en el que el “hombre viejo” que existía en nosotros fue sepultado en el agua y nació el “hombre nuevo”, animado y guiado por el Espíritu. Sin embargo, la elección a la que fuimos invitados a hacer ese día se hizo explícita más tarde y, posiblemente, fue renovada en diferentes momentos de nuestro camino. Quizás hoy sea un día oportuno para revisar nuestro bautismo y darnos cuenta de sus implicaciones... La celebración de nuestro bautismo no fue un momento de folklore religioso ni una ocasión para cumplir ningún ritual cultural; fue el momento de nuestro encuentro con Cristo y de nuestra adhesión a su Evangelio; fue el momento en que nos unimos a la familia de Dios y pasamos a ser parte de ella; fue el momento en que recibimos el Espíritu y aceptamos que nuestra vida fuera animada por su dinamismo. ¿Hemos vivido consistentemente con esta opción?

+ Pablo invita insistentemente a los creyentes a dejar la vida del “viejo hombre”. El “viejo hombre” es el hombre dominado por el egoísmo, el orgullo, que vive con el corazón cerrado a Dios y a sus hermanos, que vive en esquemas de opresión e injusticia, que pasa su vida persiguiendo dioses equivocados (dinero, poder, éxito, bienestar...), que se deja dominar por la codicia, la corrupción, la concupiscencia, la ira, el mal y se niega a escuchar la propuesta liberadora que Dios le presenta. Probablemente no nos veamos en esta imagen en su totalidad; ¿pero no tendremos momentos en los que construyamos nuestra vida fuera de las propuestas de Dios y en los que descuidamos los valores de Dios para abrazar valores que nos esclavizan?

+ Pablo llama a los creyentes a vivir la vida del “nuevo hombre”. El “hombre nuevo” es el hombre que está continuamente atento a las propuestas de Dios, que acepta ser parte de la familia de Dios, que no se conforma con el mal, la injusticia, la explotación, la opresión, que busca vivir en la verdad, en el amor, en la justicia, en el compartir, en el servicio, que practica obras de bondad, de misericordia, de humildad, que da testimonio diariamente, con alegría y sencillez, de los valores de Dios. ¿Es este nuestro “proyecto” de vida? Nuestros gestos y actitudes cotidianas manifiestan la realidad de un “hombre nuevo”, que vive en comunión con Dios, que es “sal de la tierra y luz del mundo, que es testigo del amor y la bondad de Dios en la vida de sus hermanos y hermanas”.

+ Aunque hace tiempo que nuestra opción fundamental por Dios y sus valores está plenamente asumida, no podemos olvidar que la construcción del “hombre nuevo” nunca es un proceso terminado... La monotonía, el cansancio, los problemas de la vida, las influencias del mundo, nuestra pereza y nuestra autocomplacencia nos llevan a menudo a instalarnos en la mediocridad, la tibieza, la no exigencia y la acomodación. El “viejo” acecha en cada esquina y, a la primera oportunidad, vuelve a tomar el control de nuestras vidas. Debemos ser conscientes de que cada minuto que pasa todo vuelve a empezar; necesitamos renovar continuamente nuestras opciones y nuestro compromiso, en constante atención al llamado de Dios.

¿Vivimos con los brazos cruzados, considerando que ya hemos alcanzado un nivel satisfactorio de perfección, o vivimos en una actitud de vigilancia y conversión, cuestionando a cada paso el rumbo que toma nuestra vida?

Juan 6, 24-35

En aquel tiempo, cuando la gente vio que en aquella parte del lago no estaban Jesús ni sus discípulos, se embarcaron y fueron a Cafarnaúm para buscar a Jesús.

Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: "Maestro, ¿cuándo llegaste acá?" Jesús les contestó: "Yo les aseguro que ustedes no me andan buscando por haber visto señales milagrosas, sino por haber comido de aquellos panes hasta saciarse. No trabajen por ese alimento que se acaba, sino por el alimento que dura para la vida eterna y que les dará el Hijo del hombre; porque a éste, el Padre Dios lo ha marcado con su sello".

Ellos le dijeron: "¿Qué necesitamos para llevar a cabo las obras de Dios?" Respondió Jesús: "La obra de Dios consiste en que crean en aquel a quien él ha enviado". Entonces la gente le preguntó a Jesús:

"¿Qué signo vas a realizar tú, para que la veamos y podamos creerte? ¿Cuáles son tus obras? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Les dio a comer pan del cielo".

Jesús les respondió: "Yo les aseguro: No fue Moisés quien les dio pan del cielo; es mi Padre quien les da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que baja del cielo y da la vida al mundo".

*Entonces le dijeron: "Señor, danos siempre de ese pan". Jesús les contestó: "Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed". **Palabra del Señor.***

Una división del 6° capítulo:

Es bueno tener presente la división del capítulo para poder percibir mejor su sentido:

Juan 6,1-15: el pasaje sobre la multiplicación de los panes

Juan 6,16-21: la travesía del lago, y Jesús que camina sobre las aguas

Juan 6,22-71: el diálogo de Jesús con la gente, con los judíos y con los discípulos

1° diálogo: 6,22-27 con la gente: la gente busca a Jesús y lo encuentra en Cafarnaúm

2° diálogo: 6,28-34 con la gente: la fe como obra de Dios y el maná en el desierto

3° diálogo: 6,35-40 con la gente: el pan verdadero es hacer la voluntad de Dios

4° diálogo: 6,41-51 con los judíos: murmuraciones de los judíos

5° diálogo: 6,52-58 con los judíos: Jesús y los judíos

6° diálogo: 6,59-66 con los discípulos: reacción de los discípulos

7° diálogo: 6,67-71 con los discípulos: confesión de Pedro.

AMBIENTE

Después de compartir los panes y dos peces, Jesús, “*sabiendo que iban a venir y tomar posesión de él y hacerlo rey, se retiró solo al monte*” (Juan 6:15). Probablemente permaneció allí en oración, porque al final de cada día sentía la necesidad de hablar largamente con el Padre. Los discípulos, a su vez, subieron a la barca dispuestos a regresar a Cafarnaúm. Navegaron solos por algún tiempo, hasta que Jesús vino a ellos caminando sobre el mar. Después de que Jesús subió a la barca, pronto llegaron a Cafarnaúm (cf. Juan 6:16-21).

El episodio que nos presenta el Evangelio nos sitúa en Cafarnaúm (cf. Jn 6,59), el día inmediatamente posterior a los acontecimientos anteriormente narrados. Pasada la noche, la multitud que había sido bendecida con los panes y los peces, al no encontrar a Jesús y a los discípulos, conjeturó que habían regresado a Cafarnaúm y se dirigían allí. Cafarnaúm, el pueblo pesquero situado en la orilla occidental del mar de Galilea, era el pueblo donde Jesús se había instalado tras abandonar Nazaret. Su importancia venía por estar al lado del camino por donde pasaban las caravanas procedentes de Siria. Desde Cafarnaúm Jesús podía fácilmente dirigirse a cualquier pueblo o ciudad de Galilea para proclamar la llegada del Reino de Dios. Algunos de los discípulos de Jesús – Simón y su hermano Andrés, Santiago y su hermano Juan – vivían en Cafarnaúm.

Jesús estaba en la sinagoga cuando la multitud salió a su encuentro. Naturalmente, los acontecimientos del día anterior fueron tema de conversación; y Jesús, sintiendo que era necesario aclarar las cosas, tuvo una larga conversación con aquella gente. Lo que dijo ese día a la multitud en la sinagoga de Cafarnaúm llegó a ser conocido como el “discurso del pan de vida” (cf. Juan 6:22-59).

En el evangelio de hoy iniciamos la reflexión sobre el Discurso del Pan de Vida (Jn 6,22- 71). Después de la multiplicación de los panes, el pueblo se fue detrás de Jesús. Había visto el milagro, había comido hasta saciarse y ¡quería más! No trató de buscar la señal o la llamada de Dios que había en todo esto. Cuando la gente encontró a Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm, tuvo con él una larga conversación, llamada el **Discurso del Pan de Vida**. No es propiamente un discurso, pero se trata de un conjunto de siete breves diálogos que explican el significado de la multiplicación de los panes como símbolo del nuevo Éxodo y de la Cena Eucarística. La conversación de Jesús con la gente, con los judíos y con los discípulos es un diálogo bonito, pero exigente. Jesús trata de abrir los ojos de la gente para que aprenda a leer los acontecimientos y descubra en ellos el rumbo que debe tomar en la vida. Pues no basta ir detrás de las señales milagrosas que multiplican el pan para el cuerpo. No de sólo pan vive el hombre. La lucha por la vida sin una mística no alcanza la raíz. En la medida en que va conversando con Jesús, la gente se queda cada vez más contrariada por las palabras de Jesús, pero él no cede, ni cambia las exigencias. El discurso parece moverse en espiral. En la medida en que la conversación avanza, hay cada vez menos gente que se queda con Jesús. Al final quedan solamente los doce, y Jesús ¡no puede confiar ni siquiera en ellos! Hoy sucede lo mismo. Cuando el evangelio empieza a exigir un compromiso, mucha gente se aleja.

MENSAJE

La multitud que llega a Cafarnaúm esa mañana está entusiasmada. Quiere, a toda costa, volver a encontrarse con Jesús y quedarse con Él (v. 24). A primera vista parece que la actividad de Jesús está dando frutos y que todo va de maravilla. Sin embargo, Jesús ve fácilmente que muchas de esas personas están allí por razones equivocadas. De hecho, el gesto de repartir los panes y los peces entre la multitud llevó a aquella gente a cometer un peligroso error; y Jesús es consciente de que este malentendido debe resolverse lo antes posible.

Sin responder a la pregunta inicial que se le hizo (“Maestro, ¿cuándo llegaste aquí?” – v.25), Jesús responde inmediatamente a la pregunta que le inquieta: “*Yo les aseguro que ustedes no me andan buscando por haber visto señales milagrosas, sino por haber comido de aquellos panes hasta saciarse*” (v. 26). La búsqueda de esas personas es una búsqueda interesada y egoísta, que va en contra del mensaje que Jesús intentó transmitirles cuando les ofreció abundante alimento. Jesús pretendía que el compartir los panes y los peces fuera una lección sobre el amor, el compartir, la generosidad y el servicio; pero aquellas personas no fueron sensibles al significado profundo del gesto, no comprendieron el “signo” de Jesús. Se quedaron en las apariencias y sólo se dieron cuenta de que Jesús podía proporcionarles, gratuita y fácilmente, abundante. Lo que mueve a esa gente es un materialismo burdo, y no el deseo de abrazar el proyecto del Reino.

Después de identificar el problema, Jesús señala la solución: “*No trabajen por ese alimento que se acaba, sino por el alimento que dura para la vida eterna y que les dará el Hijo del hombre*” (v. 27). Esas personas deben esforzarse por obtener, no sólo el alimento que sacie el hambre física, sino sobre todo el alimento que sacie esa hambre profunda de Vida que todo hombre siente y para la cual Jesús tiene la respuesta. Vivir con la mirada puesta en el suelo, aferrado a valores bajos y efímeros, con horizontes limitados, no puede ser la vocación del hombre. Lo que da sentido a la existencia es el pan imperecedero que trae Jesús y que debemos aceptar para tener Vida verdadera.

Los interlocutores de Jesús parecen interesados, pero quieren más aclaraciones: ¿qué debemos hacer para tener acceso a este pan? ¿Qué obras deben hacerse (v. 28)? Al parecer, están pensando en cumplir mandamientos o prácticas religiosas definidas en la Ley judía (“obras”). Pero la propuesta de Jesús es diferente: simplemente es necesario “*creer en Aquel que Dios envió*” y acoger el proyecto del Reino de Dios (v. 29). El día anterior, cuando Jesús partió y distribuyó el pan y el pescado, aquellas personas no pudieron aprender la lección del amor, del compartir, del servicio; no pudieron conectar lo que Jesús hizo con los valores

del Reino. Simplemente corrieron tras el profeta milagroso que repartía pan y pescado gratuitamente y en abundancia... Si quieren aceptar el pan que Jesús tiene para ofrecer, deben cambiar su perspectiva de las cosas y tomar en serio las palabras y propuestas de Jesús; deben abrazar los valores del Reino, estar dispuestos a compartir, estar disponibles para servir a sus hermanos con alma “infantil”, con humildad y generosidad.

Sin embargo, los interlocutores de Jesús no están convencidos de que éste sea el camino que conduce a la verdadera Vida (v. 30): ¿qué autoridad tiene Jesús para presentar una propuesta de este tipo? ¿Cuál es la prueba de que la plenitud del hombre pasa por el don de su vida a los demás? Y ese pueblo desafía a Jesús a demostrar su autoridad con un gesto espectacular, similar al que hizo Moisés cuando proporcionó maná a los israelitas, no sólo para cinco mil personas, sino para todo el Pueblo y de manera continua (v. 31). Buscan lo portentoso, lo espectacular, lo deslumbrante, y no la Vida que se manifiesta en gestos sencillos y cotidianos.

En la respuesta que da, Jesús revela los estrechos límites dentro de los cuales aquellos pretenden cerrar la cuestión: es cierto que el maná fue un don de Dios para saciar el hambre material de su Pueblo; pero el maná no es ese “pan” que sacia el hambre de Vida eterna. Sólo Dios da a los hombres, a los hombres de todo el mundo, de forma permanente, Vida eterna; y este don del Padre no viene por Moisés, sino por Jesús (v. 32-33). Por eso, lo importante no es presenciar gestos espectaculares, que deslumbran, pero no cambian nada; lo decisivo, para tener acceso al pan que proporciona la Vida eterna, es aceptar la propuesta que hace Jesús y vivirla en gestos sencillos cada día.

La última frase de nuestro texto (“: *Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed.*” – v. 35) identifica al propio Jesús, ya no con el “portador” del pan, sino con el mismo pan que Dios quiere ofrecer a su Pueblo para saciar su hambre y sed de Vida. Es necesario salir al encuentro de Jesús, abrazar su proyecto, asimilar sus valores, interiorizar sus palabras, abrazar su estilo de vida, hacer de la vida (como Jesús hizo la suya) un don total de amor a los hermanos. Siguiendo a Jesús, aceptando su propuesta en el corazón y dejándose transformar en gestos concretos de amor, de compartir, de servicio, el hombre encontrará esa “calidad” de vida que lo llevará a su plena realización, a la Vida eterna.

COMENTARIOS DEL TEXTO:

• **Juan 6,24-27:** La gente busca a Jesús porque quiere más pan. La gente va detrás de Jesús. Ve que no ha entrado en la barca con los discípulos y, por ello, no entiende cómo ha hecho para llegar a Cafarnaúm. Tampoco entiende el milagro de la multiplicación de los panes. La gente ve lo que acontece, pero no llega a entender todo esto como una señal de algo más profundo. Se detiene en la superficie: en la hartura de la comida. Busca pan y vida, pero sólo para el cuerpo. Según la gente, Jesús hizo lo que Moisés había hecho en el pasado: alimentar a todos en el desierto, hasta la saciedad. Yendo detrás de Jesús, ellos querían que el pasado se repitiera. Pero Jesús pide a la gente que dé un paso más. Además del trabajo por el pan que perece, debe trabajar por el alimento que no perece. Este nuevo alimento lo dará el Hijo del Hombre, indicado por Dios mismo. Él nos da la vida que dura por siempre. El abre para nosotros un horizonte sobre el sentido de la vida y sobre Dios.

• **Juan 6,28-29:** “¿Cuál es la obra de Dios?” La gente pregunta: ¿Qué debemos hacer para realizar este trabajo (obra) de Dios? Jesús responde que la gran obra que Dios nos pide “es creer en aquel que Dios envió”. O sea, ¡creer en Jesús!

• **Juan 6,30-33:** “¿Qué señal realizas para que podamos creer?” La gente había preguntado: “¿Qué debemos hacer para realizar la obra de Dios?” Jesús responde “La obra de Dios es creer en aquel que le ha enviado”, esto es, creer en Jesús. Por esto la gente formula una nueva pregunta: “¿Qué señal realizas para que podamos ver y creer en ti? ¿Cuál es tu obra?” Esto significa que no entendieron la multiplicación de los panes como una señal de parte de Dios para legitimar la multiplicación de los panes como una señal de parte de Dios para legitimar a Jesús ante el pueblo como un enviado de Dios. Y siguen argumentando: En el pasado, nuestros padres comieron el maná que les fue dado por Moisés. Ellos lo llamaron “pan del cielo” (Sab 16,20), o sea, “pan de Dios”. Moisés sigue siendo un gran líder, en quien ellos creen. Si Jesús quiere que la gente crea en él, tiene que hacer una señal mayor que la de Moisés. “¿Cuál es tu obra?”

Jesús responde que el pan dado por Moisés no era el verdadero pan del cielo. Venía de arriba, sí, pero no era el pan de Dios, pues no garantizó la vida para nadie. Todos murieron en el desierto. (Jn 6,49). El verdadero pan del cielo, el pan de Dios, es el pan que vence la muerte y trae vida. Es aquel que descende del cielo y da la vida al mundo. ¡Es Jesús! Jesús trata de ayudar a la gente a liberarse de los esquemas del pasado. Para él, fidelidad al pasado no significa encerrarse en las cosas antiguas y no aceptar la renovación. Fidelidad al pasado es aceptar lo nuevo que llega como fruto de la semilla plantada en el pasado.

• **Juan 6,34-35:** “Señor, ¡danos siempre de este pan!” Jesús responde claramente: “¡Yo soy el pan de vida!” Comer el pan del cielo es lo mismo que creer en Jesús y aceptar el camino que él nos ha enseñado, a saber: “¡Mi alimento es hacer la voluntad del Padre que está en el cielo!” (Jn 4,34). Este es el alimento verdadero que sustenta a la persona, que da un rumbo a la vida, y que trae vida nueva.

ACTUALIZACION

+ El pan que necesitamos diariamente para satisfacer nuestra hambre física es algo sin lo que no podemos vivir; pero eso no es todo. Siempre tenemos la impresión de que nos falta algo para hacer nuestra vida más plena y plena. Siempre tenemos “hambre” de algo más: de amor, de felicidad, de justicia, de paz, de esperanza, de libertad, de plenitud, de verdad, de trascendencia, incluso de aquellas cosas más o menos inútiles que aseguran nuestro bienestar. ser y seguridad... Buscamos, de mil maneras, saciar esta hambre; pero siempre permanecemos insatisfechos, tropezando con nuestra finitud, en respuestas parciales, en intentos fallidos de logro, en esquemas equívocos, en falsos espejismos de felicidad, en valores efímeros, en propuestas que parecen seductoras pero que sólo generan esclavitud y dependencia. A veces nuestra búsqueda nos lleva al callejón sin salida de la frustración y el pesimismo; otras veces, nuestra búsqueda siempre repetida nos lleva al cinismo o al cansancio... ¿Es ésta también nuestra experiencia? ¿Cómo podemos “llenar” nuestras vidas y darles pleno significado? ¿Dónde podemos encontrar el “pan” que sacie nuestra hambre de Vida?

+ El Evangelio de hoy nos dice que Jesús de Nazaret es el *“pan de Dios que descende del cielo para dar vida al mundo”*. Es en Jesús y por Jesús que Dios responde al hambre de los hombres y les ofrece Vida en plenitud. ¿Qué papel juega Jesús en nuestras vidas? Para nosotros, ¿es Jesús una figura del pasado (aunque fue un hombre excepcional) que la historia ha absorbido y digerido, o es el Dios que sigue vivo y caminando junto a nosotros, ofreciéndonos Vida en plenitud? ¿Es “una más” de nuestras referencias (entre tantas otras) o nuestra referencia fundamental? ¿Es alguien a quien adoramos, con respeto y a distancia, o el hermano que nos muestra el camino, que nos propone valores, que condiciona nuestra actitud hacia Dios, hacia nuestros hermanos y hacia el mundo?

+ ¿Qué debemos hacer para tener acceso a este “pan de Dios que descende del cielo para dar vida al mundo”? Según el evangelio de este domingo, la respuesta es clara: debemos adherirnos (“creer”) en Jesús, el “pan” que el Padre envió al mundo para saciar el hambre de los hombres. Adherirnos a Jesús no es, sin embargo, cumplir correctamente con un código de prácticas y observancias rituales, ni tener nuestros nombres en los libros de bautismo, confirmación o registro de matrimonios de nuestra parroquia; pero es crear una conexión con Jesús, caminar detrás de Él, escuchar Sus palabras, aprender de Sus gestos, vivir a Su estilo, identificarse con Él, pensar, sentir, amar, trabajar, sufrir y vivir como Él. nuestra adhesión a Jesús: ¿como religión de creencias y prácticas externas, o como religión de discípulos que siguen y viven al estilo del Maestro? ¿Realmente nos identificamos con Jesús y su proyecto?

+ En el evangelio, Jesús se muestra profundamente incómodo cuando descubre que la multitud lo busca por motivos equivocados y, sin preámbulos, se apresura a aclarar los errores. Él no quiere, de ninguna manera, que la gente lo siga por error o bajo ilusión. Hay aquí una invitación implícita a repensar las razones por las que nos involucramos con Cristo... Es un error buscar el Bautismo porque es una tradición en nuestra cultura; es un error celebrar el matrimonio en la Iglesia porque, de esta manera, la ceremonia es más espectacular y proporciona fotografías más bellas; es un error asumir tareas en la comunidad cristiana para promocionarnos o para resolver nuestros problemas materiales; es un error recibir el sacramento del Orden porque el sacerdocio nos proporciona una vida menos problemática; Es un error practicar ciertos actos de piedad para que Jesús nos recompense, nos libre de desgracias, solucione algunas de nuestras necesidades materiales... ¿Por qué un día nos adherimos a Jesús? ¿Por qué

todavía mantenemos nuestra adhesión a Jesús? ¿Estamos plenamente convencidos de que sólo Jesús es el “pan” que satisface nuestra hambre de Vida?

+ La negativa de Jesús a realizar gestos espectaculares (como hacer caer maná del cielo) demuestra que, normalmente, Dios no viene al encuentro del hombre para ofrecerle su vida en gestos portentosos, que dejan a todos asombrados y que testimonian, de forma inequívoca, su autoridad. y poder; pero Dios actúa en la vida de los hombres de manera discreta, aunque duradera y permanente. Dios viene cada día al encuentro del hombre y, sin forzar ni imponerse, lo invita a escuchar la Palabra de Jesús, le propone adherirse a Jesús y a su proyecto, le enseña los caminos del amor, de la participación en el servicio. ¿Intentamos leer cada día, en las páginas que registran nuestro caminar por la tierra, las discretas instrucciones que Dios coloca para que podamos alcanzar la Vida